



Jugar con agua

Tener dos médicos en casa no es tan bueno como puede parecer. Padre especializado en vías respiratorias y madre oncóloga pueden impedirte ser feliz.

Un estornudo, y el tipo deja los cubiertos en la mesa y me mira con cara de Facultad de Medicina. Aunque intenta aguantarse, al rato nomás se me tira encima. Y lo peor de todo... ¡hace como si estuviéramos jugando a la luchita para auscultarme los pulmones!

Madre oncóloga significa que está pendiente de los lunares que tengo en la espalda. Hasta le puso nombre

a los más grandes, Junio y Lucero, y les habla para mantenerlos a raya.

La cuestión se agrava si, además, sos hijo único; porque entonces sos paciente único.

Muy de tanto en tanto, les tocaba hacer guardia la misma noche. Pero eso no era mejor para mí porque, desde luego, no me dejaban solo. Venía a cuidarme la hermana mayor de mi mamá, que tenía un hijo de mi edad. A propósito de eso, mi tía siempre decía lo mismo. Que ya habían “cerrado la fábrica”, que cuando empezó con náuseas creía que era un ataque al hígado. Y cerraba con “Mirá lo que resultó... Ya tiene trece años el ataque al hígado”.

¿Qué le causaba tanta risa? Yo bajaba los ojos para no odiarla.

Hijo único más hijo menor de mamá grande puede ser una mala junta. Y esa noche lo fue.

Ni mi primo ni yo quisimos hacer tanto daño, hacer tanta muerte. Porque la muerte también se hace.

50

Mi tía y mi primo llegaron puntualmente. Mi viejo me acarició la cabeza. Mi mamá me dio un beso con ruido. ¿Por qué no me advirtieron? ¿Por qué no me dijeron “Ni se te ocurra subir a la terraza”?

Se fueron sin decir nada de eso. Y en cierto modo era razonable, porque a nadie se le ocurriría subir a la terraza una noche helada de julio. Caía agua nieve y el cielo colgaba como un telón desvencijado.

Mi tía se sentó a ver televisión. Nosotros, como siempre, nos fuimos a mi dormitorio.

¿Por qué la tecnología no fue suficiente? ¿Por qué no nos conformamos con la crueldad que posibilitan las pantallas? ¿Por qué quisimos ser malos al aire libre?

—¿Vamos a la terraza?

—Dale.

Pregunta y respuesta que desencadenaron la peor cosa que me pasó en la vida.

Era fácil ir a la terraza sin que la tía lo notara, porque pasábamos de la cocina al patiecito donde estaba la escalera. Apenas salimos al patio, nuestras respiraciones

51

se condensaron en un humo blanco que, desgraciadamente, no nos hizo señales.

Los que suben a una terraza van de inmediato hasta el borde. De hecho, lo único que importa de una terraza son los límites que la separan del vacío. Dueños de una noche helada, así nos sentimos. Y eso, en vez de hacernos actuar como adolescentes, nos retrocedió a la infancia.

—Mirá quién está ahí —dije.

Era Gallo Negro, el linyera del barrio.

—Y está meando el árbol.

Gallo Negro era para nosotros, invierno y verano, un hombre muy delgado, de mediana estatura, cubierto desde la cabeza con una manta negra. Solamente emergía una enorme nariz ganchuda y unos mechones de cabello rojo: pico y cresta. El apodo le venía desde antes de que yo naciera.

Como era parte del barrio, algunas vecinas le daban algo de comer en bandejas de rotisería. En esas ocasiones, él sacaba una mano por entre su manta negra, y agradecía con una inclinación de cabeza.

52

Ahora Gallo Negro estaba allí, frente a mi casa, meando el árbol de la vereda angosta del pasaje. De espaldas a nosotros.

—¿Y si le tiramos un baldazo?

Ahí debería haber hecho Dios un milagro, mandar un ángel que nos detuviera a tiempo. Pero no recibimos esa divina oportunidad.

Ni siquiera hizo falta el asentimiento de mi primo. La manguera y el balde con los que mi vieja limpiaba el piso de la terraza estaban en un rincón. Llenamos tanto el balde que tuvimos que cargarlo entre los dos.

—Apurate que se va a ir. —Reconozco que eso lo dije yo.

Gallo Negro seguía allí. Ya no meaba, claro. Pero seguía de espaldas a nosotros. Juro que no pensé en la intemperie, juro que no se me ocurrió que Gallo Negro no tenía toallas ni ropa seca para cambiarse. Entre los dos alzamos el balde para apoyarlo en la baranda.

—Dejame a mí.

Y fui yo el autor del hecho. Yo derramé el baldazo de agua fría, en plena noche de invierno, sobre el linyera y

53

su miseria infinita. Nunca supe si levantó la cabeza, porque nosotros ya estábamos agachados y huyendo en cuatro patas. Recién nos enderezamos en la escalera. Bajamos corriendo y nos metimos en la habitación.

—¿Y si toca el timbre?

—Que toque... La tía no le va a creer.

—Ajá —dijo mi primo.

Pero nadie tocó el timbre. Y nosotros nos portamos bien el resto del tiempo. Demasiado bien, como hacen los culpables.

A la mañana siguiente, cuando me levanté, mi tía y mi primo se habían ido. Era sábado, y me puse contento.

En la cocina, mis viejos tomaban mate, comían facturas y hablaban como siempre lo hacían: con una pasión que me resultaba exagerada.

—¿Cómo puede haber gente así? —decía mi vieja.

—Buen día —interrumpí.

54

—Buen día, mi amor. Ya te hago té con leche.

Me senté a la mesa, cubierta con un mantel que tenía estampadas calabazas, rodajas de sandía y uvas. Mi mamá sacaba la leche. Recuerdo todo a la perfección, detalladamente. Su brazo derecho sostenía la puerta de la heladera, su brazo izquierdo avanzaba hacia el interior frío para sacar de allí un porta sachet de color violeta. Ella, mi mamá, tenía puesta una bata rosada.

—¡Hay que ser basura! —murmuró mi viejo.

—¿Qué pasó? —pregunté.

—Gallo Negro... Lo llevaron esta madrugada al hospital. Le echaron agua y pasó la noche empapado.

¡Hay que ser basura! Esas palabras crecieron conmigo y me transformaron en lo que soy.

—Pero nadie se muere por eso —supliqué.

Mamá me respondió parada al lado de la cocina, donde esperaba que la leche no hirviera:

—Un balde de agua helada no te mata a vos, ni a mí. Pero si puede matar a un hombre desnutrido, que se durmió mojado y a la intemperie.

—¿Pero quién pudo hacer algo así? —Mi viejo seguía

55

empecinado en trazar el perfil psicológico de la bestia que había mojado a Gallo Negro. Y yo pensé en mí.

—¿Dijo algo? —pregunté.

—Dijo que lo habían mojado desde un techo. Dijo que fueron dos ángeles. Pobre, deliraba de fiebre.

Yo encogí las piernas y me abracé a ellas.

—Vos lo vas a curar, ¿no, papá?

Mi viejo creyó que eso era un acto de amor y confianza.

—Voy a hacer todo lo posible —sonrió.

Pasé casi todo el sábado en mi habitación. Para colmo, seguía lloviendo nieve.

Pasé el domingo con miedo. Y no quise salir a la calle. En una esquina me esperaba la cárcel; en la otra, el infierno.

Llegó el lunes. Nunca había esperado con tanta ansiedad que mi viejo volviera del hospital.

—¿Cómo está Gallo Negro?

Mi papá debe haberse sentido orgulloso de mi sensibilidad social.

56

—Buenas noticias. Mejoró.

Yo me alivié. Me juré ser una buena persona minuto a minuto.

El martes y el miércoles fueron los mejores días de mi vida. Pero el jueves, a la hora de la cena:

—Empeoró —dijo mi viejo.

El viernes, sin embargo, el parte médico cambió.

—Parece que los nuevos antibióticos están resultando.

Mi mamá hizo algún comentario escéptico, mencionó que los resultados de los análisis generales y del chequeo no eran nada buenos. Pero yo preferí escuchar el optimismo de mi viejo.

—Papá, ¿quién inventó los antibióticos?

—Fleming.

Lo pregunté para saber a quién debía agradecerle en silencio.

Lástima, para el resto de mi vida, que el lunes todo se oscureciera.

—No creo que Gallo Negro pase la noche. Lo vamos a extrañar.

Mi viejo se equivocó en lo de no pasar la noche.

57

Gallo Negro murió el miércoles. Llovía de nuevo.

Hay muchas maneras de saberse culpable. La mía es una rata.

Mis viejos eran médicos de un hospital público, estaban acostumbrados a ver morir gente. Pero esta vez también se les había muerto una leyenda.

—Pobre —dijo mi papá para cerrar el tema.

—Pobre según se mire.

El comentario de mi mamá me puso en estado de alerta. Era obvio que mi viejo sabía a lo que ella se refería. Entonces fui yo quien debió preguntar.

—¿Por qué según se mire?

—Tenía un cáncer terminal. No iba a vivir mucho.

Intenté consolarme con eso, pero no hubo forma. Que Gallo Negro se fuera a morir pronto no significaba nada. La rata seguía royendo mi corazón.

Nunca pude hablar con mis padres. No tanto por mí sino por ellos. Iban a sufrir, no iban a saber qué hacer con sus manos.

Mi primo y yo dejamos de ser amigos, y tampoco hablamos del tema.

58

Por mi parte, hice todo lo que pude. Eso que algunos llaman locura y otros, vocación. Ahora tengo cuarenta años y el corazón deshilachado.

—Doc, vaya a dormir un rato.

Ofelia es una enfermera que trabajó con mis padres, y me cuida en su nombre.

—No hace falta.

—Se va a enfermar.

—Estoy bien, Ofelia.

Pero la querida enfermera insiste.

—Deje que trabajen los pibes que están haciendo la residencia. El que llegó es un hombre de la calle que ya está más muerto que vivo.

Miro a Ofelia como si me mirara a mí mismo.

—Por eso mismo —contesto.

Otra noche de mal dormir es lo mejor que puede pasarme. Un día y otro y otro. Así, tal vez, Gallo Negro pueda perdonarme.

59

Profundización de lengua

GUÍA JUGAR CON EL AGUA

Actividades con la lectura

A. ¿Quién cuenta la historia?

B. ¿A qué se dedican los padres del protagonista? ¿Hablan de su trabajo en su casa? ¿Por qué? ¿En qué momentos? Da dos ejemplos.

C. ¿Quiénes son los protagonistas de esta historia? ¿Qué relación los une? D.

¿Dónde suceden los acontecimientos? ¿Cuándo, en qué estación del año? E.

¿Qué consecuencia desencadena la “travesura” de los chicos?

F. ¿Quién es Gallo Negro? ¿Qué le sucede y por qué?

G. ¿Cómo se siente el protagonista al recibir la noticia? ¿A qué se dedica cuando es mayor y

por qué? H. ¿Qué clase de texto es “Jugar con agua”? Marca la opción correcta y explica

cómo la reconociste. Novela/ Cuento/ Poema/ Leyenda

I. Observa el título

A. ¿qué te sugiere el mismo?

B. Compara EL BINOMIO “Jugar con agua” / “Jugar con fuego” ¿qué se intenta demostrar?

J. ¿Te gustó el texto? ¿Por qué? Realiza un texto de no menos de diez oraciones en el que justifiques

tu opinión sobre la lectura.

